

¿POR QUÉ ODO HALLOWEEN?

Una pregunta difícil de responder. Aunque quizá odio no sea la palabra adecuada, ¿hastío?, ¿hartazgo?, ¿insufrible e insuperable vergüenza?

Cada 31 de octubre me reencuentro con las mismas tradiciones de siempre, que no por repetidas deberían dejar de dar pavor. Pero el problema no es la repetición sino la desvirtuación de estas tradiciones, que, a lo largo de los años, han pasado del más puro terror al más puro ridículo. ¿Cuánto más tendré que seguir tolerando las tropas de mocosos vestidos con disfraces artificiales comprados en el centro comercial de moda por padres ansiosos por ver vestidos de fanteche, perdón, de fantasma, a sus críos?

En sus orígenes aún chorreaban sangre y vísceras las cabezas de animales con que los labriegos se ataviaban para espantar a los malos espíritus. Paso por alto que en realidad los únicos malos espíritus eran ellos mismos. Pero tenía cierta gracia y desde luego era auténtico. Había una relación más íntima con el más allá, la línea divisoria entre el plano humano y cotidiano, y el plano ultraterrenal era más tenue; el velo de sombras que separa ambos planos de existencia era traspasado constantemente, no era una cuestión de creer o no creer, pues todo era parte de la vida. Se creía en las plantas, los animales, las estaciones y la temperatura, porque se veía o se palpaba, era real. Y lo mismo con los muertos y cualquier criatura mágica, porque se percibía, se notaba y se veía. Quizá teníamos sentidos más desarrollados en aquellos tiempos. O quizá las condiciones eran distintas, más adecuadas para esa simbiosis entre lo fantástico y lo mundano; al menos una noche al año.

Ahora es el cine el que nos proporciona los monstruos, que por otro lado ya nadie se cree. Y a su vez éstos han sido sustituidos por otro tipo de monstruos, los que plagan las noticias y las portadas de los periódicos, con nombres tan coloridos como pederastas, violadores o terroristas. Es indigno que los monstruos de los que ahora se burlan hayan sido sustituidos por asesinos en serie televisivos.

Halloween es una celebración del terror, pero no el provocado por YouTube o por las arañas de plástico que se venden en los bazares chinos, sino por ese sentimiento que agarrota la garganta y el corazón al ver cómo las puertas del infierno se abren para dejar salir a los muertos de modo que puedan recorrer la Tierra. Una vez al año el infierno sonríe y disfruta de un paseo nocturno por nuestras calles y campos, helando el corazón del que lo observa, transformando la tranquilidad en sudor frío que recorre tu cuello en gotas que resbalan dejando a su paso su salado rastro. Los rituales ahuyentaban a los moradores de la noche, la sangre, las runas. Y al menos una noche al año, cualquier cosa podía pasar.

Ahora todo es burla y escarnio. Nada más que dinero pasando de manos, y caramelos pegajosos encajados en las ruedas. Telarañas de azúcar y calabazas de plástico. Urgencia por maquillarse pretendiendo haber sufrido el más horrendo de los accidentes, y yendo a fiestas donde ni siquiera se pronuncia, no digamos ya saber qué significa, el nombre de esta sagrada celebración. Ni Michael Myers ni Jason Voorhees podrían animar ya esta fiesta.

Curiosamente, ahora nos intentan hacer creer que lo fantástico no existe, que todo es mentira, nada más que plástico, papel y goma; todo disfraces, adornos y bromas. De la misma manera

que el gran triunfo del Diablo fue hacer creer a los cristianos que no existía, se nos quiere hacer creer que nada de lo que celebramos es real. Puedes disfrazarte, imitar, reírte e incluso burlarte, pero si simplemente insinúas que algo de todo esto podría ser real, tendrás un ejército de psiquiatras y psicólogos examinando hasta el último rincón de tu cerebro para convencerte de que estás equivocado.

Así que supongo que han ganado, pues cada año me cuesta más seguir participando de esta charada, en la que me obligo a seguirles el juego a los grandes almacenes si al menos una vez al año quiero salir vestida como soy en realidad sin que nadie me diga nada y al contrario, recibir halagos y piropos por vestir tan logrado y realista "disfraz". Voy a fiestas infantiles y amenizo las veladas con mis trucos, todo pasado por el tamiz de la vulgaridad, contemplando la sorpresa y el asombro en los rostros tanto de niños como de adultos, pero sabiendo en todo momento que no creen nada de lo que hago, y que por mucho que se impresionen con mis artes, nunca creerán que es más que ilusión, truco y manipulación. Porque la sociedad de consumo ha vencido y ha relegado la magia, la ilusión y el "todo puede pasar" al departamento de outlet, rebajas todo el año.

Estoy tan cansada de luchar y de fingir.

Pero si el mundo ha cambiado tanto en unos pocos siglos, ¿no podría ser posible que volviera a hacerlo? Quizá poco a poco la fantasía vuelva a recuperar su espacio. Y yo entonces volveré a ser grande, y luciré con orgullo mis mejores galas, no una noche al año, sino todos los días. Y volveré a ser temida y respetada. Y mis pócimas a base de sangre de tritón y cola de lagarto y vísceras de sapo volverán a ser codiciadas por todos. Y el mal de ojo volverá a ser mi gran arma, y los encantamientos y sortilegios.

Y...

Y aquí vuelvo a estar, una noche más, víspera de todos los santos, ataviándome con un gorro comprado en la tienda de la esquina y encima de la mesa una calabaza de plástico llena de caramelos y piruletas. Me han contratado para animar una fiesta de cumpleaños que casualmente coincide con este día. Son adultos, no niños, pero quieren igualmente a alguien que les distraiga y les haga trucos de ilusionismo. Pagan bien. ¡Pero cómo me gustaría transformarlos a todos en perros y llevarlos al monte para que se volvieran rabiosos!

Me llamo Hazel P. MacBeth y soy bruja. Nací hace 5 siglos en el condado de Donegal, en Irlanda, antes de que Oberón y Titania abandonaran nuestro mundo. He practicado aquelarres toda mi vida, que ha sido larga y productiva. Y ahora vivo en Estados Unidos, la cuna de las calabazas de plástico.

Y por todo esto odio Halloween.

Jois '21

19/10/21